

Experiencia en Kashima



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2018

Habían pasado más de veinte años desde que visité por primera vez aquel lugar increíble.

Llegué entonces caminando, dejando atrás otro emplazamiento emblemático: Katori *Jingu*.

Emocionado entre los pabellones que protegía *Futsunushi no kami* o paseando entre los bosques circundantes había hecho realidad el sueño perfecto.

Después, detuve mis pasos frente al *haiden*, donde pude agradecer a la Vida la Oportunidad de sentir aquella Felicidad.

Sería media tarde cuando, habiendo cumplido con la milenaria tradición de los *bujutsukas*, me encaminara hacia el santuario hermano de Katori *Jingu*: Kashima *Jingu*.

Habían transcurrido más de veinte años pero, como ya me ocurriera entonces, las lecturas previas al viaje poblaban mis pensamientos hasta casi obnubilar la mirada: una mirada que pretendía, antes que ninguna otra cosa, mostrarse tan sensible al paisaje exterior como al interior: un espacio donde mis emociones, expuestas a la intemperie, terminarían destapándose.

Sí.

Ahora, más de veinte años transcurridos desde mi primera visita, llegaba de nuevo a Kashima.

Me recibió allí una luz bella y fría, mientras la tarde serena huía ya sin dilación hacia la noche.

Las personas buscaban refugio afanosamente, tratando de sostener, siquiera unos instantes, los últimos y cálidos rayos de un tímido sol que ya se escondía.

No obstante quedaba tiempo para el Deleite, para la Alegría, me dije a mí mismo.

Invadido por la vehemencia crucé la Puerta de *Romon* para entrar en el seno del gran templo *Shintô*.

De inmediato vino a buscarme un ejército bien cuajado de efectivos, motivado, solamente, por un único fin: detener mis impulsos.

El grueso de la tropa estaba formado por los arquetipos más insignes de la milenaria tradición de Kashima: el *Tenson Kôrin*, la frontera con los *Emishi*, la salida de la *Mikosi*, el gran festival de *Ojuna*.

Le seguía, de inmediato, una multitud de leyendas vetustas que me conectaban a un pasado que había idealizado durante años: la gesta de los ancestrales Koryû; Los *Heihô* de *Kantô* provenientes del Este; la majestuosa espada de Heian.

Y, desde luego, destacaba la compañía de un alma grande: la de aquel gran guerrero que fuera Tsukahara Bokuden, quien también se manifestaba con determinación frente a mí tratando de retenerme dentro del perímetro del templo.

Creí escuchar, incluso, la voz del maestro de sable, o fueron, tal vez, sus pasos los que advertí, unos pasos diligentes y decididos que buscaban afanosamente el *dôjô* centenario, el espacio perfecto –pensé– para perfeccionar esa Escuela de Armas que gestara su extraordinaria Experiencia: una Tradición Marcial que llevaba escrita en la frente el nombre de aquel santo lugar.

El mismísimo *Takemikazuchi-no-Okami*, quien todo lo guarda y preserva en Kashima, apareció determinado para decirme al oído: “*Quédate, descansa, abre los ojos, ve*”.

Pero yo no podía, no quería tomarme ese tiempo infinito de charla y tertulia, de oración y aprendizaje.

Yo no podía, no quería demorar un minuto más el encuentro con aquello que verdaderamente ansiaba, porque, más allá de aquel espacio sagrado –el impresionante *tori*, las puertas milenarias, el *haiden* magnífico, el *dôjô* imperecedero, la espada extraordinaria, *Amaterasu, Takemikazuchi* o Bokuden- me esperaba un bosque de cedros milenarios, un bosque que me nombraba a gritos, un bosque que me atraía hacia sí con la mayor de las fuerzas, un bosque en el que una vez, hacía más de veinte años, había sido feliz y al cual quería regresar de inmediato.

Crucé la explanada y detuve mis pasos para respirar hondo.

A continuación, en silencio, decidí perderme entre los árboles.

Allí, en medio de la espesura del bosque húmedo, rodeado nuevamente de cedros inmensos, cerca de los *kami* que habitan lo inmanente y en compañía de los *tengus*, me quedé varado en la serenidad, en una quietud que estaba más allá, incluso, de la muerte y de la desaparición, en la calma de esa experiencia que ya conocía por haberla vivido hacía más de veinte años y que nunca pude llegar a olvidar.

Kenshinkan dôjô 2018